

## MAQUIAVELO EN LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA DE LA POLÍTICA: FUNDAMENTO Y LIMITACIONES DE UN RECONOCIMIENTO INTELECTUAL

*Machiavelli in contemporary science policy:  
basis and limitations of an intellectual recognition*

Iván LLAMAZARES VALDUVIECO  
Universidad de Salamanca

Fecha final de recepción: 15 de septiembre de 2013

Fecha de aceptación definitiva: 22 de octubre de 2013

RESUMEN: Casi cinco siglos después de su muerte, las ideas de Nicolás Maquiavelo continúan siendo una referencia para el análisis de fenómenos políticos de las más diversas índoles y para la discusión política de carácter teórico. Este artículo pretende reflejar el poder de permanencia del discurso maquiaveliano en dos ámbitos específicos de la ciencia política: la política comparada y la teoría política. Además, esta reflexión sugerirá aprendizajes de carácter más abstracto y general, metodológicos y ontológicos, que podemos seguir derivando de la obra maquiaveliana.

Palabras clave: Maquiavelo, ciencia política, teoría política, *El Príncipe*, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

ABSTRACT: Almost five hundred years after his death, Machiavelli's work still exerts a strong influence on the analysis of political phenomena and the development of political theory. This article examines the reasons and limitations of the continuing power of Machiavelli's discourse in two specific fields of contemporary political science: comparative politics, and political theory. Our analysis explores also, from a contemporary perspective, the methodological and ontological value of Machiavelli's contribution to the study of politics.

Key words: Machiavelli, political science, political theory, *The Prince*, *Discourses on the First Decade of Titus Livy*.

Pocos legados intelectuales y teóricos han sido tan complejos y contradictorios en la historia de la ciencia política como el de Maquiavelo. Su pasión por comprender sin ilusiones las motivaciones, el sentido y los resultados de la acción política de su tiempo le ha valido ser considerado como el fundador de la ciencia de la política moderna, una ciencia orientada a entender y explicar la vida política, más que a reflexionar sobre cómo debería ser la comunidad ideal, al modo de los grandes autores de las teorías políticas medieval y clásica. La frialdad con la que interpreta la vida política, su exploración de las motivaciones constantes de los políticos, tanto grandes como medianos, y del carácter estratégico y manipulador de sus acciones, le ha servido también para ser considerado como uno de los grandes fundadores de las interpretaciones racionalistas y calculadoras de la vida política, siguiendo en parte la estela abierta por Tucídides en su *Historia de las guerras del Peloponeso*.

Hoy en día las teorías de la llamada «elección racional» se esfuerzan también, tal vez con muy modestos resultados, en modelizar y explicar las decisiones políticas de ciudadanos y gobernantes, tanto en los ámbitos más triviales de la política cotidiana como en los grandes conflictos internacionales. Al hacerlo se mantienen de algún modo en la tradición de Maquiavelo, aunque sea dudoso que la formalización matemática y la tecnificación del análisis que han incorporado hayan añadido un ápice de riqueza y de validez a los análisis del genial florentino. Su análisis pormenorizado y rico de las instituciones políticas y de las prácticas informales de las sociedades que padeció o que visitó, su atención a la complejidad de los desarrollos históricos, su capacidad para extraer conclusiones de las experiencias pasadas y de los análisis de autores clásicos, en fin, todas las características que llevadas a un grado de máxima sofisticación asociamos a su nombre, lo convierten en la referencia fundacional básica de la ciencia política moderna, y así es considerado por muchos practicantes contemporáneos de esta disciplina.

Ahora, al mismo tiempo, de manera tal vez no sorprendente, los politólogos actuales, particularmente los que se centran en cuestiones empíricas, están lejos de conocer la obra de Maquiavelo y de haber comprendido el valor de sus aportaciones para nuestros estudios actuales. Para abordar el legado de Maquiavelo en la ciencia política contemporánea nos centraremos en dos ámbitos específicos de esta disciplina. En primer lugar, en el de la ciencia política empírica en general y de la política comparada en particular. En este terreno consideraremos también los aprendizajes de carácter más general (metodológicos y ontológicos), que podemos seguir derivando de la obra maquiaveliana. Y en segundo lugar, en el terreno de la teoría política, donde nos detendremos tanto en las grandes interpretaciones teóricas, las que pretenden abordar las cuestiones más permanentes abordadas por los textos de teoría política, como en algunos estudios recientes de carácter histórico, contextual e interpretativo a la vez.

## 1. LA CIENCIA EMPÍRICA DE LA POLÍTICA Y LA POLÍTICA COMPARADA: UN RECONOCIMIENTO SIN PROFUNDIDAD

Existe una larga tradición de análisis sobre los determinantes de los distintos tipos de regímenes políticos. En esa tradición se inscriben Rousseau, Tocqueville y Marx por citar tres ejemplos previos al desarrollo de la ciencia política contemporánea. En la segunda mitad del siglo XX, la ciencia política académica ha dado lugar a un amplio número de estudios de este tipo, a partir sobre todo de la obra clásica de Barrington Moore (1973) sobre los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. Esos trabajos han consistido muchas veces en estudios de tipo histórico-comparativo, como en el caso de Rueschemeyer *et al.* (1992). Además, en las últimas décadas, en línea con la creciente tecnificación de la ciencia política, esa aproximación se ha visto complementada por la aplicación de estrategias de análisis estadístico y por la formalización matemática de las preferencias de los actores sociales analizados (Boix, 2003).

Es una cuestión abierta en la metodología y en la metametodología (Bevir, 2008) de la ciencia política la de cuánto se ha ganado con la tecnificación y matematización de la disciplina. En todo caso, las obras politológicas recientes pretenden desarrollarse sin consideración por los descubrimientos de los primeros fundadores de la ciencia política. Y, sin embargo, es también dudoso que hayan producido verdades a las que Maquiavelo no hubiese llegado ya de manera tal vez más rica y sofisticada, por más que sus obras no hiciesen uso ni de bases de datos cuantitativas ni de formalizaciones matemáticas, sino de un conocimiento profundo de la historia y de una rica experiencia política en Florencia, en Italia y en otros países europeos. Antes de que Rueschemeyer, Huber Stephens y Stephens llegasen a parecidas conclusiones, Maquiavelo había afirmado en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* que todas las leyes favorables a la libertad procedían siempre de los conflictos entre los grandes y el pueblo (1996: 39). Siglos antes del excepcional estudio de Juan Linz sobre las orientaciones políticas de los terratenientes (1976), y de los estudios de Moore (1976) y de Rueschemeyer *et al.* (1992) sobre la relación entre los grandes terratenientes y el autoritarismo, Maquiavelo había advertido, también en el libro primero de los *Discursos*, acerca de la incompatibilidad entre las repúblicas y los grandes propietarios agrarios, particularmente si éstos tienen, «además de otras posesiones, castillos sobre los que mandan y súbditos que les obedecen» (1996: 161).

Más recientemente, algunos politólogos han intentado mostrar, a partir del uso de análisis estadísticos e históricos y de fundamentaciones racionalistas matemáticamente formalizadas, la importancia de los niveles de desigualdad para el establecimiento y la estabilidad de los regímenes democráticos (Boix, 2003). Las técnicas analíticas empleadas por estos politólogos habrían sorprendido extraordinariamente a Maquiavelo, pero no sus argumentos ni sus conclusiones. Pues ya en el mismo capítulo 55 del primer libro de los *Discursos* Maquiavelo restringía la adecuación de las repúblicas a aquellos países en los que existe igualdad: «Conviene, pues, fundar una república donde existe o se ha instituido una gran igualdad, y, en cambio,

establecer un principado donde la desigualdad sea grande, pues de otro modo se hará algo desproporcionado y poco duradero» (1996: 163). Sin modelos matemáticos, partiendo de sus conocimientos de la historia italiana y de los textos clásicos, y de la experiencia de sus viajes por Alemania, Francia e Italia, Maquiavelo pudo llegar hace cinco siglos a conclusiones muy parecidas a las de la ciencia política contemporánea.

A veces, además, los hallazgos de los politólogos empíricos se ven limitados por una consideración insuficiente de la obra de Maquiavelo. Esto sucede, sorprendentemente, en el –por otro lado excepcional– libro de Robert Putnam sobre el capital social, la comunidad cívica y el funcionamiento de la democracia en las distintas regiones italianas. Putnam (2011) vincula los diferentes patrones de participación, compromiso cívico y capital social de las regiones italianas a las distintas tradiciones políticas de estos territorios. La experiencia republicana de ciertas ciudades a finales de la Edad Media se convierte en el elemento decisivo que nos permite entender el desigual grado de comunidad cívica en la Italia contemporánea. La obra de Putnam cita pertinentemente a Maquiavelo en tres ocasiones. Pero quizá esto no sea suficiente, considerando la riqueza de los análisis maquiavelianos sobre la política y la historia italianas (y sus conclusiones análogas acerca de las ventajas de los órdenes republicanos sobre los monárquicos, como se aprecia el capítulo 58 del Libro 1 de los *Discursos*). El análisis de Putnam (estadístico y comparativo, y moldeado por los hallazgos de las aproximaciones racionalistas a la política y la teoría de juegos) enfatiza, maquiavelianamente, el papel decisivo de la historia en la construcción del capital social. Pero no considera en sus análisis históricos y estadísticos la importancia de la desigualdad (en el campo o en las ciudades), que para Maquiavelo era un condicionante decisivo de los grados de cooperación social y de corrupción de las sociedades de su tiempo (1996: 160). En este punto la aproximación de Maquiavelo es más atinada y compleja que la de Putnam, y va en la línea de interpretaciones aún más recientes sobre los determinantes de la cooperación y la confianza social. En este terreno, lo que más ha cambiado es el vocabulario, que ha pasado del concepto clásico de *virtud* al de *capital social*, de uno de resonancias normativas a otro de connotaciones económicas, por más que los elementos éticos, cognitivos y actitudinales estén necesariamente presentes en ambos.

En las dos grandes cuestiones abordadas (y podríamos haber elegido otras), el valor de la contribución de Maquiavelo sigue siendo enorme, y las razones de la ciencia política para retornar al estudio de este autor permanecen intactas. Y la estéril desatención que han merecido los análisis de Maquiavelo en la ciencia política contemporánea resaltan el valor de las duras críticas de Giovanni Sartori sobre el estado (de ignorancia) de esta disciplina, y sobre la urgencia de volver al conocimiento de los clásicos de la teoría política (Sartori, 2005).

Es más, el tipo de análisis de Maquiavelo, su estrategia analítica, se ajusta bastante bien a algunas reflexiones metodológicas y ontológicas presentes en la ciencia política más contemporánea. En primer lugar, la atención de Maquiavelo al papel del pasado, su explicación de los resultados políticos como consecuencia de combinaciones específicas de circunstancias y su estudio del desenvolvimiento paso a paso de

los acontecimientos políticos van en la línea de los argumentos politológicos actuales que han subrayado la dependencia de los caminos seguidos y la importancia de las secuencias históricas (Pierson, 2004). También se ajustan a la constatación de que los desenlaces políticos son el resultado de un cúmulo complejo de circunstancias y de que, por tanto, no pueden ser analizados con procedimientos estadísticos habituales (Hall, 2003). Para este tipo de análisis, es fundamental el denominado rastreo de procesos (una habitual estrategia maquiaveliana) consistente en seguir los pasos y las secuencias causales que dan lugar a un resultado determinado en un proceso históricamente concreto (George y Bennet, 2005: 176; Vennesson, 2008: 231).

Al mismo tiempo, el análisis maquiaveliano, atento siempre a las combinaciones de la virtud y la fortuna, y cuidadoso en el estudio de las motivaciones de los políticos, nos revela la importancia de las reflexiones, de los aprendizajes, de las debilidades y, en último término, de las decisiones humanas, muchas veces imprevisibles, del mismo modo que lo hacen trabajos muy recientes sobre políticos (Alcántara Sáez, 2012).

## 2. LA TEORÍA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA Y EL ENIGMA MAQUIAVELIANO

La atención de la teoría política del siglo XX a la obra de Maquiavelo ha sido inevitablemente más profunda y más compleja. En esta medida, los grandes teóricos políticos han evitado las interpretaciones reductoras y falsas de Maquiavelo, centradas en su presunto papel de fundador de la razón de Estado y en la esquemática idea de que el fin justificaría los medios. Éste no es sólo el caso de las interpretaciones de Maquiavelo realizadas por estudiosos italianos, que parten de la ventaja de un conocimiento mucho más profundo sobre la obra de Maquiavelo y sobre el contexto del que parte. También en los autores de otras tradiciones intelectuales encontramos reflexiones refinadas y persuasivas sobre el sentido de la contribución maquiaveliana. Ello a pesar de que, como apuntaría Benedetto Croce en su texto «La Questione del Machiavelli» (Althusser: 1999: 6 y 104), tal vez nunca lleguemos a descifrar el misterio de este autor, un misterio acrecentado por su forma de escribir, en la cual está deliberadamente presente el encubrimiento de sus ideas (Strauss, 1964; Viroli, 2009: 203).

Resulta interesante el hecho de que las interpretaciones profundas sobre Maquiavelo hayan procedido de las más diversas corrientes políticas e ideológicas. Y tal vez es aún más interesante que sus análisis hayan concordado en algunos puntos difíciles relativos a este autor (como su carácter radicalmente moderno y revolucionario), aunque no hayan compartido la valoración final (normativa y política) sobre la bondad de su apuesta. Estas similitudes pueden ser percibidas en las interpretaciones de Maquiavelo de autores tan diferentes como Leo Strauss, Hannah Arendt, Antonio Gramsci y Louis Althusser.

Una de las interpretaciones del siglo XX más interesantes sobre el autor florentino es la que hallamos en la *Meditación sobre Maquiavelo* de Leo Strauss. Ciertamente, Strauss critica duramente a Maquiavelo. Subraya su «pervertida nobleza» y escribe

que, «aunque nos veamos forzados a admitir —o precisamente por ello— que su doctrina es diabólica y que él mismo es un diablo, tendremos que recordar la profunda verdad teológica de que el diablo es un ángel caído» (1964: 13).

Para Strauss, la visión de Maquiavelo, radicalmente moderna, mundana, anti-trascendente, despojada de idealismo moral y filosófico, se mueve en un nivel «bajo, pero sólido» (1964: 360-361), centrado en los fines inapelables del demos. Y es esta visión la que le permite explorar un territorio nunca pisado por nadie (Strauss: 353-356). Strauss elabora una interpretación penetrante sobre la articulación de sus dos grandes obras políticas, *El Príncipe* y los *Discursos*, contradictorias en una lectura superficial. Para Strauss es claro que los fines de Maquiavelo (la liberación de Italia) exigen una política de «hierro y veneno, de asesinato y traición», que la «liberación de Italia significa una completa revolución» (1964: 79). La fundación de un orden político para Italia debe ser llevada a cabo por un príncipe. Pero esa tarea, individual y monárquica, deberá conducir a un sistema de gobierno republicano.

La perspectiva de Hannah Arendt sobre Maquiavelo concuerda en algunos puntos básicos con la de Strauss. Para Arendt, al igual que para Strauss, Maquiavelo introduce por primera vez una perspectiva secular y mundana sobre la política (1965: 29), lo que dista de ser negativo a ojos de Arendt. Al mismo tiempo, su nombre aparece también como el de un precursor de la teoría y la política revolucionarias. Considerando además que la creación de un nuevo orden político exige el recurso a la violencia en la medida en que sea precisa, sin detenerse en restricciones morales, Maquiavelo puede aparecer al mismo tiempo como un precursor de Robespierre, del jacobinismo y del mismo Lenin (Arendt, 1968: 141). De ahí también que Gramsci presentara al maquiavelismo, el jacobinismo y el marxismo como como un único modelo con tres encarnaciones en etapas históricas diferentes (Ionescu, 1976: 28).

La consideración de Maquiavelo como precursor revolucionario está también presente en la teoría política marxista. Anticipándose a Arendt y a Strauss, Antonio Gramsci ve en *El Príncipe* una innovadora combinación de ciencia política e ideología política de carácter mítico (en términos sorelianos) y performativo. En sus palabras, se trata de «una creación de fantasía concreta que opera sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva» (1971: 65) y exige una profunda «autorreflexión colectiva» (66). Esta empresa tiene un carácter profundamente transformador, y es por eso que su equiparación presente pasa por la construcción de un príncipe colectivo que no puede ser otro que el partido revolucionario (y que no puede ser confundido por tanto con movimientos populares restaurativos o defensivos) (1971: 67).

Bastantes décadas antes de Arendt, Antonio Gramsci ve «en los jacobinos una “encarnación categórica” del príncipe» de Maquiavelo (1971: 68). Es por eso que «*El Príncipe Moderno* debe tener una parte dedicada al jacobinismo... como ejemplificación de cómo se ha formado en concreto y ha operado una voluntad colectiva» (1971: 68). También en Gramsci, aunque en este caso con una perspectiva inequívocamente positiva, «*El Príncipe*... se convierte en la base de un laicismo moderno» (1971: 70) para el cual las cosas son juzgadas como dañinas o positivas dependiendo

de si son buenas o malas para el poder del príncipe. Como señala Gramsci en otro lugar, este príncipe-partido político no reina ni gobierna jurídicamente: tiene «poder de hecho», ejerce la función hegemónica, y por tanto equilibradora, de intereses diversos dentro en la «sociedad civil» (Gramsci, 1974: 304). El carácter inequívocamente revolucionario se aprecia en el hecho de que este movimiento no crea un derecho constitucional, sino «un sistema de principios que afirmen como finalidad del Estado su propia disolución, su propia desaparición, o sea, la reabsorción de la sociedad política por la sociedad civil» (Gramsci, 1974: 304).

En la misma interpretación revolucionaria se inscriben las referencias de Louis Althusser sobre Maquiavelo. Fundador de la ciencia política que luego desarrollaría Marx (Althusser, 1980), Maquiavelo aparece en la interpretación filosófica de Althusser como un escritor rupturista que, con todas sus limitaciones (como su afirmación del carácter inevitablemente «monárquico» –individualista– de toda auténtica fundación), se orienta hacia una política de radical transformación política y social (Althusser, 1999: 64-66). Al igual que en Gramsci (y que en la ciencia política contemporánea), la importancia de Maquiavelo como analista de las coyunturas políticas concretas es remarcada en la obra de Althusser (1999: 69). Y filosóficamente, aunque en un vocabulario distinto al de Strauss y Arendt, Maquiavelo aparece también como un filósofo materialista, literalmente, en compañía de Spinoza, como «el más grande» filósofo materialista de la historia (Althusser, 1999: 103). Estas interpretaciones revolucionarias de Maquiavelo son por otra parte consistentes con los núcleos argumentales de las obras de Marx. Lo son con su adhesión formal a la idea maquiaveliana de que primero viene el poder y luego el derecho (Marx y Engels, 1968: 377). Y lo son también, de manera aún más fundamental, con los análisis marxianos de las coyunturas políticas decisivas en las que actores políticos y grandes personajes históricos luchan entre sí utilizando todas las mañas estratégicas a su alcance, como en el caso del ascenso al poder de Luis Bonaparte (Marx, 1966).

Ciertamente, el carácter mundano y revolucionario de Maquiavelo no agota las interpretaciones sobre la obra de este autor. Recientemente, McCormick (2011) ha analizado las propuestas institucionales de Maquiavelo a la luz del carácter antielitista y radicalmente democrático del pensamiento de este autor. De manera aun más fundamental, en los trabajos de contenido más estrictamente historiográfico (en buena medida siguiendo las líneas de estudio abiertas por la denominada escuela de Cambridge), distintos autores, entre los que destacan John Pocock y Quentin Skinner, han subrayado el entronque de Maquiavelo con la tradición republicana previa y posterior a él. En el caso del primero, a través de su *The Machiavellian Moment* (Pocock, 1975) procuró mostrar la existencia de una línea que une a través del tiempo y sin solución de continuidad el humanismo cívico del Renacimiento maquiaveliano con los fundamentos republicanos de los Estados Unidos contemporáneos. Una línea construida sobre la unidad de vocabulario y, a través de éste, sobre una continuidad de *topoi*, modelos y mitos, en cuyo epicentro aparece el concepto

de republicanismo como hilo conductor del pensamiento político occidental de los últimos cinco siglos.

Pocock se enfrenta, igual que Strauss tres lustros antes, al problema del cristianismo en el pensamiento maquiaveliano: ¿puede un republicanismo de raíz aristotélica, basado en una ciudadanía activa, realizarse en el marco del tiempo secular cristiano? Y sostiene que el pensamiento de Maquiavelo da respuesta a esta pregunta: la conciencia del carácter «secular»<sup>1</sup> de la república, elemento crítico en el tránsito del pensamiento medieval al moderno, desactivaría el problema del cambio secular y constituiría un principio fundamental del pensamiento político occidental de los últimos quinientos años (cfr. Vasoli, 1977: 666-667), y éste encontraría su mayor desarrollo en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII y en los Estados Unidos del final de la colonia y de la época revolucionaria.

En la obra de Pocock, el «momento» maquiaveliano alude –aunque no exclusivamente– a una conceptualización de la república como fuerza en pugna contra una serie de tempestades históricas que intentan minar su estabilidad «secular» política y moral. Esta lucha se materializa en la oposición entre virtud, fortuna y corrupción, conceptos que fueron muy extensamente desarrollados por Maquiavelo y sus contemporáneos. Más adelante, sostiene Pocock, la lucha maquiaveliana entre virtud y corrupción será repetidamente actualizada en otras antítesis análogas (como virtud-comercio en la América de finales del XVIII, o elección-apostasía en el pensamiento puritano) para dar lugar a un concepto dialéctico de la historia.

Skinner (1978), por su parte, realiza una lectura de la obra maquiaveliana como parte del movimiento renacentista del que emerge un nuevo concepto de Estado. En el marco de una obra dedicada al pensamiento político renacentista, Skinner procura al mismo tiempo acercar y alejar a Maquiavelo de sus contemporáneos, yendo al encuentro de algunos lugares comunes erróneos de la literatura sobre el florentino (especialmente el carácter *sui generis* que se atribuye muy usualmente a la obra maquiaveliana, a la que Skinner en cambio identifica con una tradición tanto temática como formal). Al tiempo que propone esta cercanía, marca algunas grandes diferencias que confieren a Maquiavelo su indudable carácter único. Por otra parte, Skinner articula las lecturas de Maquiavelo realizadas en su propia época con las inmediatamente posteriores, las de los siglos subsiguientes e incluso las contemporáneas, entre las que aparece la del propio Leo Strauss.

Skinner entronca el pensamiento maquiaveliano con el humanismo cívico que venía articulándose desde comienzos del *quattrocento* a través de pensadores como Bruni, Patrizi y Castiglione, y con un género de consejos para señores y príncipes que se puede rastrear incluso en la primera mitad del siglo XIV (Ferreto Ferreti, Uberto Decembrio y otros). Y aunque no manifiesta un interés explícito –como el de Pocock– por proyectar el pensamiento maquiaveliano a épocas más recientes, al indagar

<sup>1</sup> El término «secular» es utilizado en ésta y otras obras de Pocock para aludir a una concepción metafísica del tiempo histórico (VASOLI, 1977: 667).

en la esencia de los conceptos del florentino deja señalada la influencia que tendrán sobre el pensamiento político posterior. Al igual que la obra de Pocock, la de Skinner reserva un espacio destacado a la fortuna y la virtud en Maquiavelo. Al respecto de la segunda, pone de relieve las distancias entre el florentino y sus contemporáneos, que sostenían la adhesión a virtudes cristianas y antiguas que Maquiavelo desairaba. Skinner destaca asimismo otra opción maquiaveliana de la que discrepaban muchos de sus contemporáneos: la de una forma republicana de gobierno como garantía de libertad política, bien de máximo valor para el florentino.

En efecto, algunas de las lecturas más recientes de Maquiavelo han pretendido enfatizar la llamada a una ciudadanía activa implícita en la obra del florentino, en cuyo corazón se puede encontrar –con los naturales matices derivados de la distancia histórica y de organización social– una ferviente defensa del autogobierno de los ciudadanos (Bernard, 2009). Se trata en realidad de una perspectiva que ya había sido elaborada por Isaiah Berlin, que presenta el pensamiento de Maquiavelo como uno dirigido a quienes eligen participar de la vida pública. Únicamente éstos pueden esperar la buena fortuna. Por el contrario, quienes optan por una vida privada, solamente pueden esperar ser ignorados o destruidos (Berlin, 1972).

## CONCLUSIÓN

A lo largo de las páginas anteriores hemos examinado algunos de los ámbitos de la ciencia política en los que la obra de Maquiavelo ha mantenido o acrecentado su interés, a veces a pesar de la ignorancia de los propios practicantes de la actividad politológica. El persistente interés de Maquiavelo resulta evidente en el campo de la teoría política en los dos planos abordados en este trabajo. También lo es, aunque de forma menos patente, en el terreno de la ciencia política empírica, un ámbito de la disciplina que por lo general resulta mucho menos propenso a la autorreflexión. También en este terreno, como hemos visto, sus análisis siguen teniendo valor sustantivo, histórico y metodológico. En los dos ámbitos considerados, las obras de Maquiavelo siguen incitando a la reflexión, siguen abriéndose hacia nuevas y fascinantes interpretaciones, y siguen ayudándonos a entender no solo la historia, sino también los acontecimientos políticos de nuestro presente. Por estos motivos, el estudio de sus obras, y el diálogo con él mismo, al modo en que él dialogaba con los personajes de la antigüedad clásica, siguen siendo una obligación (una gozosa obligación) para los interesados en comprender la historia y el sentido de la acción política.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCÁNTARA Sáez, Manuel. 2012. *El oficio de político*. Madrid: Tecnos.
- ALTHUSSER, Louis. 1980. «La transformación de la filosofía». En: ALTHUSSER, L. *et al.* (eds.). *Filosofía y lucha de clases*. Madrid: Akal.
- ALTHUSSER, Louis. 1999. *Machiavelli and Us*. Londres: Verso. (Existe una traducción española publicada por Akal).

- ARENDRT, Hannah. 1965. *On Revolution*. Nueva York: The Viking Press. (Hay traducción española en Alianza Editorial).
- ARENDRT, Hannah. 1968. *Between Past and Future*. Nueva York: The Viking Press.
- BERLIN, Isaiah. 1972. «The Originality of Machiavelli». En: GILMORE, M. *Studies on Machiavelli*. Florencia: Sansoni, pp. 147-206.
- BERNARD, John D. 2009. *Why Machiavelli matters: a guide to citizenship in a democracy*. Westport y Londres: Praeger.
- BEVIR, Mark. 2008. «Meta-Methodology: Clearing the Underbrush». En: BOX-STEFFENS-MEIER, J. et al. (eds.). *The Oxford Handbook of Political Methodology*. Oxford: Oxford University Press, pp. 48-70.
- BOIX, Carles. 2003. *Democracy and Redistribution*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GEORGE, Alexander L. et al. 2005. *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- GRAMSCI, Antonio. 1971. *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Península.
- GRAMSCI, Antonio. 1974. *Antología*. México: Siglo XXI.
- HALL, Peter. 2003. «Aligning Ontology and Methodology in Comparative Research». En: MAHONEY, J. et al. (eds.). *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- IONESCU, Ghita (1976). «The Modern Prince, Its Princes, and Its Condottieres». *Studies in Comparative Communism*, IX (1 y 2), pp. 27-34.
- LINZ, Juan J. 1976. «Patterns of Land Tenure, Division of Labor, and Voting Behavior in Europe». *Comparative Politics*, 8 (3), pp. 365-430.
- MCCORMICK, John. 2011. *Machiavellian Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MAQUIAVELO, Nicolás. 1996. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial.
- MAQUIAVELO, Nicolás. 2000. *El Príncipe*. Madrid: Istmo.
- MARX, Karl. 1966. *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. En: MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. *Obras escogidas. I*. Moscú: Editorial Progreso.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich. 1968. *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos.
- MOORE, Barrington, Jr. 1973. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península.
- PIERSON, Paul. 2004. *Politics in Time*. Princeton: Princeton University Press.
- POCOCK, John G. A. 1975. *The Machiavellian Moment*. Princeton: Princeton University Press.
- PUTNAM, Robert D. 2011. *Para que la democracia funcione. Las tradiciones cívicas en la Italia moderna*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- RUESCHEMEYER, Dietrich et al. 1992. *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- SARTORI, Giovanni. 2005. «¿Hacia dónde va la Ciencia Política?». *Revista Española de Estudios Políticos*, 12, pp. 9-13.
- SKINNER, Quentin. 1978. *The Foundations of Modern Political Thought. Volume One: The Renaissance*. Cambridge: Cambridge University Press.

- SKINNER, Quentin. 1981. *Machiavelli. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- STRAUSS, Leo. 1964. *Meditación sobre Maquiavelo*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- VASOLI, Cesare. 1977. «The Machiavellian Moment: A Grand Ideological Synthesis». *The Journal of Modern History*, 49 (4), pp. 661-670.
- VENNESSON, Pascal. 2009. «Case studies and process tracing: theories and practices». En: DELLA PORTA, D. y KEATING, M. (eds.). *Approaches and Methodologies in the Social Sciences: A Pluralist Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press. Existe una versión al español publicada por la editorial Akal.
- VIROLI, Maurizio. 2009. *De la política la razón de estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*. Madrid: Akal.